

ANALES

DEL INSTITUTO DE INGENIEROS DE CHILE

Calle San Martín N.º 352 - Casilla 487 - Teléf. 88841 - Santiago - Chile

COMISIÓN DE REDACCIÓN:

Don Raúl Simón (Presidente de la Comisión),
Don Marcos Orrego P., Don Carlos Krumm,
Don Walter Müller y Don Luis Ruiz Fernández.

Año XXXI



Julio de 1931



Núm 7

Fernando Aguirre Errázuriz

Regulación del crédito y la producción

EN los ANALES del Instituto de Ingenieros de Chile, correspondiente al mes de Mayo del presente año, publicamos un estudio intitulado «Orientaciones Económicas», en el cual se analizan las causas que originan la crisis de desocupación; en seguida se presentan algunos casos de los numerosísimos factores que provocan tales desocupaciones; y finalmente, se sugiere una idea para orientar las actividades a fin de evitar el incremento de la desocupación, cuando cualesquiera de aquellos factores la producen.

Podemos resumir las ideas sustentadas en dicho estudio, en las siguientes conclusiones:

La humanidad está muy lejos de poder satisfacer su capacidad de consumo. No hay más que detenerse un instante a considerar el bajo standard de vida de la gran mayoría de la población del mundo, dentro de los anhelos de bien-

estar que el hombre se ha forjado, para llegar a la conclusión evidente de que el hombre tendrá que aguzar inmensamente su ingenio y la eficiencia de su trabajo, a fin de llegar a ser capaz de producir medianamente lo más necesario para vivir con cierta holgura.

Aceptado lo anterior, es un error profundo hablar de sobreproducción en un sentido absoluto. Hay que distinguir entre capacidad de consumo y poder consumidor. Lo primero es todo lo que el hombre anhela consumir; lo segundo es lo que el hombre puede consumir de acuerdo con los medios económicos a su alcance. El poder consumidor se adquiere únicamente produciendo, de manera que si la humanidad quiere mejorar su standard de vida, para llenar mejor sus anhelos de consumo, está forzosamente obligada a aumentar su producción.

Al hablar de producción nos referimos a la producción útil, o sea, a aque-

lla que es intercambiable por algo útil al productor. El individuo, como elemento consumidor, distribuye sus consumos en cuotas determinadas por el total de su poder de consumo, lo que obliga a que las actividades productoras se ciñan a una distribución equivalente a esas cuotas. De aquí nace la consecuencia de que no cabría sobreproducción si las actividades en todo momento guardaran la misma proporción que dichas cuotas de consumo.

Las cuotas a que las diversas actividades deben ajustarse no pueden permanecer invariables. Hay un inmenso número de factores que perturban la estabilidad de esas proporciones, produciendo trastornos en la actividad. Estos trastornos se traducen en un exceso de producción de la actividad afectada más allá de la cantidad que le corresponde dentro del total de la distribución de los consumos. El exceso de esa producción la desvaloriza, se contrae la producción y genera de inmediato la desocupación de brazos.

Esos brazos desocupados, si no se ubican rápidamente, distribuyéndose armónicamente dentro del resto de las actividades, provocan una disminución de los consumos, afectando reflejamente todas ellas. Estas, entonces, deben reajustarse a las nuevas cuotas que exige el nuevo poder consumidor.

Los factores que perturban la estabilidad de las cuotas de la producción son de diversas índoles. Los hay favorables, como ser nuevos elementos que mejoran el rendimiento del trabajo facilitando, por lo tanto, el aumento del poder consumidor (racionalismo, maquinismo, etc.). Los hay desfavorables, como ser las medidas de emergencia que se adoptan en la mayoría de los casos para contrarrestar de inmediato la perturbación de las actividades en una región, y que se tra-

ducen en una aminoración del poder consumidor, ya que significan una menor eficiencia del trabajo al efectuarse éste en un medio o condiciones desventajosas (proteccionismo, legislación inadecuada, etc.). Los hay finalmente de orden psicológico, relacionados con la cultura y que se presentan caprichosamente, como los cambios de modas, cambios en la apreciación artística, incremento cultural, etc., obligando todos estos factores a cambios en las cuotas de la producción para llenar satisfactoriamente las nuevas proporciones del consumo.

Todos los factores aludidos son elementos que aumentan o disminuyen el poder consumidor total de la humanidad, pero a la larga prevalecen los primeros con mayor peso, y de aquí que la humanidad progresa incesantemente en capacidad productora, y por lo tanto, en poder consumidor, no obstante las perturbaciones adversas, que por defectos de cooperación entre los hombres hacen que los elementos benefactores tarden más en producir sus efectos. Así se explican las alternativas de alzas y bajas en la actividad, cuyos extremos han ido distanciándose cada vez más, en razón de la interdependencia creciente del intercambio de productos.

Del análisis precedente, se llega a la conclusión de que la humanidad daría un paso inmenso el día que hiciera funcionar un mecanismo que tuviera por objeto contrarrestar las consecuencias de cualquiera desocupación originada por cualesquiera de los factores perturbadores a que se ha hecho referencia.

EL ORO Y LA DESOCUPACIÓN

De paso haremos un análisis del funcionamiento de la moneda en relación con el desarrollo de las actividades.

La moneda es una mercadería de in-

tercambio, que llena esencialmente la necesidad de servir de común medida en la valorización de los diversos productos de las actividades.

Se ha elegido el oro como moneda universal, por razones que consideramos de más explicar en estas líneas. La valorización de las mercaderías en unidades de peso del oro no es fija. Depende de las existencias de oro para atender a las operaciones de intercambio. De aquí resulta que para mantener una relación constante entre las operaciones de intercambio comercial y el oro en circulación (estabilidad de precios), es menester que vayan incorporándose a la circulación las cantidades necesarias de oro en la misma proporción que crecen las actividades.

Pero la producción de oro no tiene por qué guardar dicha proporcionalidad, y así resulta que la relación de cantidad de oro y monto de las actividades no es constante provocándose las variaciones de precios.

Si examinamos el actual panorama económico del mundo notamos dos hechos, al parecer contradictorios. Los precios de todas las mercaderías han bajado considerablemente, lo que hace pensar que hay escasez de oro al tener éste un mayor valor adquisitivo. Por otro lado, los Bancos Centrales de los países que cuentan con oro en abundancia lo ofrecen a un tipo de interés tan bajo que no tiene precedentes, lo que haría pensar que no hay escasez de oro cuando se ofrece contra una tan modesta remuneración.

Para explicarnos este fenómeno hay que considerar necesariamente dos aspectos del funcionamiento de la moneda: la moneda, como el individuo, puede estar realizando un trabajo o puede estar en reposo. Del análisis de estos estados del oro surge la explicación de la contradicción aparente que señalamos.

En efecto, podemos establecer que el monto total de las actividades que puede desarrollar el mundo, usa para su intercambio la cantidad total de oro disponible para monedas que existen en ese momento. La relación entre esta cantidad de oro y el bulto de los intercambios posibles de la producción es la que fija el nivel general de los precios de las mercaderías expresados en dichas monedas. Si con el transcurso del tiempo se produce mayor cantidad de oro que la necesaria para atender al incremento del intercambio comercial, los precios tienden a subir debido al menor poder adquisitivo del oro, en razón de su sobreproducción. Si a la inversa, la producción del oro es menor de la que se necesita para el incremento de las actividades, los precios tienden a bajar por el mayor valor adquisitivo del oro en razón de su escasez.

Como no hay manera de mantener un estricto paralelismo entre la producción del oro y el desarrollo creciente de las actividades, estamos obligados a hacer frente a las variaciones generales de precios que se producen por esta causa. Pero estas variaciones de los precios afectan solamente a las operaciones emanadas de créditos a largo plazo, como puede verse con el ejemplo siguiente:

Un agricultor contrata un préstamo hipotecario a largo plazo, para destinar el dinero que recibe de la operación a mejoras en su propiedad que le permitan, aparte del servicio de intereses y amortizaciones del crédito, un aumento de su producción a fin de obtener mayores ganancias. Para servir los intereses y amortizaciones del crédito, el agricultor cuenta con que los precios de sus productos han de mantenerse estables, y basándose en esos precios es como él ha calculado que la contratación del crédito le resulta un negocio lucrativo. Supongamos ahora que el nivel general de precios baje con

el transcurso del tiempo, en razón de una disminución de la producción de oro en el mundo. El agricultor quedará obligado a destinar mayor parte de la venta de sus productos, por tener éstos menores precios, a satisfacer el servicio de intereses y amortizaciones del préstamo hipotecario. En otras palabras, esta variación de los precios equivale a que su deuda se haya incrementado. Esto se explica también considerando que las variaciones del poder adquisitivo del oro hacen que la magnitud de las deudas sufran esas mismas variaciones.

Veamos ahora el otro aspecto de la cuestión. Supongamos que en un momento dado en que las actividades y el intercambio de los productos se desarrollan normalmente, siendo los precios generales de las mercaderías los que corresponden a la relación entre la existencia del oro y el bulto de las transacciones, se inicia una era de depresión por el desajuste de las cuotas que deben guardar las diversas actividades. Ya hemos visto que este desajuste provoca desocupaciones que, con sus efectos reflejos, tienden a aumentar la depresión. La desocupación debería producir un exceso de moneda en el mercado ya que la parte destinada a las actividades que se paralizan quedaría sobrante. Entonces, en virtud de exceso de moneda, el nivel de precios debería subir. Pero sucede exactamente todo lo contrario, ya que la falta de demanda de los desocupados produce el descenso de precios de las mercaderías al originarse la sobreproducción de éstas para el consumo disminuido por la desocupación.

Este contrasentido se explica fácilmente si nos fijamos que el oro destinado a las actividades que se han paralizado no sigue de inmediato en circulación sino que pasa al estado de reposo, mientras se le presenta una oportunidad de

clara inversión. Le sucede al oro lo mismo que a los brazos: producida una desocupación de brazos y de oro, ambos quedan perplejos en el primer momento sin tener una orientación para distribuirse en el resto de las actividades, las que con la desocupación producida reciben un golpe que perturba su desarrollo. Baja el precio de las mercaderías lo que no da cabida a los brazos desocupados ni atrae al oro sobrante derivado de la primera desocupación.

De esta situación nace el factor desconfianza que produce una restricción del circulante en mayor proporción que la desocupación que la ha generado y así se explica, que debido a la escasez de circulante (no del oro total) se produzca el descenso general en el nivel de los precios.

Recientemente hemos tenido una clara demostración de este aserto. El plan propuesto por el Presidente Hoover de aliviar la situación de Alemania, provocó en el primer instante una gran confianza en el mercado haciendo que el oro al estado de reposo se ofreciera para salir a la circulación. La sola perspectiva del incremento del circulante provocó inmediatamente una alza en el precio de las materias primas.

Si los precios suben porque resurgen las actividades, ésto se debe únicamente a que así como la desconfianza produjo una restricción del circulante más allá de lo que correspondía, el resurgimiento hace nacer la confianza y del oro en reposo sale a la circulación una cuota también mayor que la que se precisa.

Como se ve, el problema del oro hay que encararlo desde estos dos aspectos. Por un lado, la existencia total disponible de oro en relación con el máximo de intercambio posible de las mercaderías, de donde resulta el nivel general de los precios en un momento dado.

Por otro lado, las modificaciones secundarias de esos precios provocadas por las variaciones de las cuotas de oro en circulación y en reposo que no se ajustan exactamente al porcentaje de la actividad en ese momento respecto al *máximum* a que puede llegar.

La conclusión del análisis precedente es que para hacer surgir las actividades, dentro de un régimen capitalista, no es menester buscar la manera de aumentar la producción de oro, sino presentarle a éste un panorama atractivo de inversión a fin de que el oro al estado de reposo por desconfianza, salga a la circulación. Un aumento de la producción de oro podría levantar en el primer momento el nivel de los precios por las nuevas cantidades salidas a la circulación, pero a la larga, si la demanda de esos productores de oro no fuese capaz de reajustar las actividades a las cuotas que les corresponden dentro del poder consumidor general, la desconfianza haría que ese incremento de la producción del oro pasar al estado de reposo y los precios tornarían a bajar a pesar del aumento total de las existencias de dicho metal.

EL CRÉDITO Y LA CONFIANZA

Las modalidades que hemos anotado respecto del oro en cuanto a sus estados de circulación y de reposo equivalen a las expresiones corrientes de amplitud de crédito y de restricción del mismo.

Hemos señalado que cuando las actividades se deprimen engendrando desocupaciones de oro y de brazos, ambos elementos no se ubican inmediatamente distribuyéndose en el resto de las actividades. La falta de orientación hace nacer la desconfianza y como la pérdida de dinero es considerada más perjudicial que la pérdida del trabajo inte-

lectual o muscular, es comprensible la mayor timidez de los capitales frente a una situación caótica. Es por esto que en los períodos de depresión es mayor la proporción de brazos que se ofrecen para faenas no lucrativas que capitales para negocios de dudosa remuneración.

Los brazos que buscan ocupación necesitan acudir al crédito, pero este no responde sino en casos muy calificados. De aquí nace la expresión de «crédito restringido».

A la inversa, cuando renace la confianza en razón de que una actividad toma una posición ventajosa con respecto a las demás, el crédito acude a ella en mayor proporción que la necesaria. Los capitales acuden confiados en el movimiento ascensional que se inicia, buscando no sólo la remuneración en los intereses, sino que también en el acrecentamiento del mismo motivado por la mayor valorización de los negocios originada con la salida del oro del estado de reposo a la circulación.

Es por estas circunstancias que los economistas no se cansan de señalar estas características perjudiciales del crédito, que muy bien las conocen los comerciantes e industriales, al decir que se concede con mucha largueza en los períodos de inflación de los negocios para mostrarse muy avaro en los de deflación.

ORIENTACIÓN DEL CRÉDITO

De las consideraciones que preceden se desprende que, para que el crédito se ejercite en condiciones satisfactorias, es menester presentarle perspectivas que le den el *máximum* de seguridad. Así se consigue un menor empozamiento del oro, el que al salir a la circulación, incrementa el intercambio de las mercaderías dando oportunidad a que los bra-

zos desocupados encuentren ubicación.

Entre las manifestaciones de lo que se ha hecho hasta ahora en este sentido, tenemos los programas de los Gobiernos de llevar a cabo la construcción de Obras Públicas. Para atraer al crédito se le ha hecho ver a los capitalistas las ventajas que se derivan de dichas obras para el desenvolvimiento de las actividades del país. Los capitalistas han respondido cuando se han sentido garantizados, no sólo por las condiciones naturales de la región en cuanto a sus posibilidades de desarrollo, sino que además, animados de la confianza que se despierta en las épocas de prosperidad de los negocios. Así se explica que aún cuando se conservan intactas las fuentes de producción en un país, los mismos capitalistas que antes avanzaron su dinero, tal vez con excesiva largueza, se muestran reacios a seguir cooperando, no obstante el peligro que para ellos entraña el hecho de que las Obras Públicas queden a medio camino y que no haga posible la remuneración y devolución de los capitales en ellas invertidos, por la desconfianza que nace al deprimirse las actividades.

La explicación de esta anomalía aparente está en que para dar seguridades al crédito no basta con que se le presente una posibilidad remuneradora, sino que, también es necesario garantizar que el incremento de la producción que se persigue, no va a exceder la cuota de máximo poder consumidor de la humanidad.

Es por estas circunstancias que en nuestro anterior estudio sugeríamos la creación de un mecanismo que concediera el crédito mediante la adquisición de productos. No se trata de avanzar dinero para una producción ilimitada sino que se canjea por productos cuyo precio fijado de antemano limita la ac-

tividad a la cuota que le corresponde dentro del consumo máximo de esas materias.

Además, el mecanismo sugerido permite al capitalista entrar automáticamente en posesión de una garantía, la que constituye el producto mismo, que aunque puede sufrir variaciones en el precio, será siempre un valor importante que se agrega a la circunstancia anteriormente señalada.

EL COMUNISMO DESDE EL PUNTO DE VISTA ECONÓMICO

El actual desarrollo de las actividades en Rusia ha sido explicado en la forma siguiente: Declarada la revolución durante la Guerra europea, el Gobierno establecido en Rusia comenzó por declarar que no reconocería las deudas contraídas por el Imperio. Esta declaración ahuyentó toda posibilidad de nuevos créditos, y como por otra parte la Guerra y la Revolución habían desorganizado todas las actividades, la situación que se creó ese país no podía ser más desfavorable.

El comunismo por principio rechaza el Capital. Entonces, no cabía otra solución para distribuir las actividades que la intervención directa en todas ellas por parte del Soviet, repartiendo los brazos en proporciones adecuadas. En esta forma se ideó el plan quinquenal que partiendo del consumo medio por habitante de países adelantados, determina el monto de las diversas producciones para llenar el consumo total de Rusia sin tener que recurrir a un intercambio de productos con las demás naciones. Esto presupone que Rusia tiene todos los elementos para abastecerse a sí misma; pero como este país no disponía de los elementos necesarios (instalaciones y maquinarias) para llevar a

cabo la obtención de gran número de productos, le ha sido menester comerciar con el resto del mundo, ofreciendo a precios sin competencia el exceso de las materias primas que en los primeros años del plan constituyen una sobreproducción para el bajo standard de vida que se han impuesto a fin de financiar la compra de maquinarias e instalaciones.

Si el plan de los cinco años se cumple con éxito, creen sus promotores que la situación será la siguiente: Rusia se abastecerá a sí misma extrayendo las materias primas de sus propias fuentes y elaborando los productos en sus propias instalaciones. La distribución de las mercaderías permitirá a cada habitante gozar del standard de vida que sirvió de base para calcular la producción general del país; y como ya se tendrán los elementos necesarios para la producción de todo lo que el país necesita, no va a ser necesario recurrir al comercio con países extranjeros, aparte de que el alza conseguida en el standard de vida de los obreros no permitirá que sus productos luchen ventajosamente con el mercado mundial.

Sin embargo, el afán del Soviet de que su organización sea adoptada por el resto de la humanidad denota más que apostolado, una necesidad económica para cubrirse contra fracasos parciales del plan quinquenal. Más de alguno de los promotores del plan ha de pensar que no es tan segura la base de que se ha partido para fijar las cuotas de producción y que puede suceder que estas no se ajusten a las que exige el poder consumidor y entonces se producirían excesos en unas y escasez en otras ramas de la actividad. Y para contrarrestar esta anomalía sería necesario entrar en intercambios con los países extranjeros, los que siguiendo con el régimen capitalista, colocarían a Rusia en

una situación delicada respecto a sus principios anticapitalistas.

En realidad, el punto de partida del plan quinquenal, que fija de antemano el standard de vida que se desea tener, merece la siguiente crítica: Si no se ha calculado de antemano con alguna exactitud el rendimiento de la producción de acuerdo con las características de las fuentes disponibles y de acuerdo con la eficiencia de trabajador, no se puede tener una estimación más o menos aproximada de la producción resultante, y si ésta difiere esencialmente de la proyectada, el standard de vida resultará muy distante del que se buscaba. Producida esta situación hay que modificar substancialmente las cuotas de producción, ya abandonando parte de algunas actividades y reforzando otras, o bien, las diferencias hay que saldarlas con el comercio exterior.

Algo de ésto debe haberse tenido en cuenta cuando al partir de un standard de vida no han pretendido tomar el del país que ha alcanzado el más alto nivel en esta materia, sino que, han castigado ese standard en previsión de una falla en el rendimiento del trabajo cuando se rechaza el estímulo que da el ahorro, o sea, la formación de un capital.

La organización de las actividades en el régimen comunista consiste en el establecimiento de un poder político y económico dictatorial que es capaz de intervenir en todas las actividades, obligando a los hombres a alistarse en las faenas que se le señalen y distribuyéndolos en las diversas ramas de la actividad de manera que produzcan las cantidades necesarias para llenar las cuotas que exige el consumo. Como estas cuotas varían incesantemente, el poder dictatorial debe tener la suficiente competencia y debe estar premunido de poder amplio para movilizar a los hombres de

unas actividades a otras, aunque ésto implique a veces cambios de domicilio. Si a esto se agrega el rechazo de una remuneración que premie la eficiencia del trabajo, es menester que los hombres estén animados de una sentimiento altruista máximo para lograr un rendimiento aceptable de la producción.

En el régimen capitalista lo que se moviliza en primer término es el dinero. Este llama a los hombres que están dispuestos a movilizarse y acuden por el estímulo de obtener un premio que compense el esfuerzo y sacrificios a que se exponen en la nueva actividad. De aquí resulta que el régimen capitalista permite una mayor libertad a los hombres y una mayor eficiencia en la producción derivada del premio a la mayor capacidad.

Sin embargo, los cimientos del capitalismo se han visto amenazados por el avance de la doctrina comunista, la que sostiene que el Capital, a pesar de sus características al parecer favorables, no es capaz de conjurar las crisis de desocupación como las que hoy azotan a los países con dicho régimen; y que en cambio, el comunismo en Rusia por el contrario, se encuentra frente a una escasez de brazos, lo que por cierto habla muy en su favor.

Al hacernos cargo de esta apreciación, forzosamente tendremos que reconocer que los motivos están en el defectuoso funcionamiento del crédito en el régimen capitalista que no permite una cantidad de circulante adecuada al monto de las actividades. Ya hemos visto como el oro se empoza con el consiguiente descenso de los precios al iniciarse una era de depresión en las actividades a causa de cualquier factor perturbador de éstas.

De aquí resulta que el remedio está en orientar el crédito con inversiones

que le den la máxima garantía, y no creemos de más repetir que no basta que las actividades presentadas al crédito sean en general remuneradoras, sino que se precisa además que éste sea concedido en tal forma que limite la producción elegida a la cuota máxima del poder consumidor en lo que concierne a esos productos.

No es posible aceptar que si el Soviet consigue distribuir los brazos en cuotas adecuadas de producción para llenar satisfactoriamente el poder consumidor, el capitalismo no pueda ser capaz de orientar el crédito y distribuir razonablemente el circulante para que los hombres acudan a alistarse en forma que también llenen satisfactoriamente dichas cuotas.

EL BANCO INTERNACIONAL REGULADOR DE LA PRODUCCIÓN

En nuestro anterior estudio sugeríamos la conveniencia de establecer un Banco regulador de la producción de los minerales, haciendo valer las ventajas que reportaría para la buena distribución y orientación de las actividades.

Las actividades están tan directamente vinculadas al funcionamiento de la moneda, como lo hemos visto en los capítulos anteriores, que no está de más insistir en los beneficios de dicho Banco como regulador de la cantidad de oro en circulación, haciendo que el circulante corresponda a las necesidades del mercado.

Ya hemos dicho que de la masa total de oro en un momento dado, una parte se encuentra en circulación y otra permanece en reposo. Que a una mayor depresión de las actividades corresponde una mayor cantidad de oro en reposo; y que la relación anterior no se ajusta

a proporciones equitativas por intervenir los factores confianza y desconfianza que hacen que el oro en circulación en los períodos ascensionales de la actividad sea mayor que lo que correspondería a la cuota de ésta, como también que el oro en reposo es mayor en los períodos de depresión de las actividades que la cuota que corresponde a la inactividad.

Fluye de estas consideraciones la enorme importancia que tiene hacer salir el oro del estado de reposo al estado de circulación. El papel del oro en circulación es el de una demanda de consumos, tanto más considerable, cuanto más rápidamente pasa de unas manos a otras.

Pero para hacer salir el oro a la circulación es menester, y especialmente en las épocas de crisis, darle las máximas garantías de inversión, no sólo presentando negocios remuneradores en general, sino que también poniendo a cubierto al capitalista contra la sobreproducción a que puede dar lugar el desarrollo de la actividad que se beneficiaría con el crédito.

Estas consideraciones sirven de base para delinear las características de la institución que hemos sugerido, y de la cual presentaremos primeramente su organización y en seguida haremos la crítica de su estructura y funcionamiento tomado en cuenta los factores que intervienen a su alrededor.

Se crearía una institución de crédito autorizada por una mayoría de países que podría denominarse «Banco Internacional Regulador de la Producción», cuyo capital inicial estaría limitado a los gastos de organización.

La operación principal del Banco consistiría en adquirir por medio de vales, que devengarían intereses, los productos minerales y standarizados tales como cobre, fierro, estaño, plomo, zinc, etc.

en barras o lingotes, que constituyeran el sobrante de la producción en un momento dado. A la inversa, el Banco vendería estos productos, rescatando parte de los vales emitidos, en las épocas en que la demanda de estas materias primas sobrepase la producción de las mismas.

El Banco fijaría el precio de adquisición de tales productos, durante un período dado, calculándolos de tal manera que dicho precio limitara la producción al máximo poder consumidor de la humanidad en la suposición que las actividades generales se desarrollaran dentro de una normalidad satisfactoria.

Los precios de adquisición fijados por el Banco estarían sujetos a revisiones temporales originadas por el aumento creciente de la demanda debido al progreso y por el agotamiento natural de los yacimientos, por un lado, y por el otro, teniendo en cuenta los perfeccionamientos de los métodos de explotación y beneficio y por la incorporación de nuevos yacimientos mineros que permiten incrementar la producción a bajos costos.

La intervención de los Gobiernos en este mecanismo consistiría especialmente en otorgarle el poder suficiente para que dentro de los países beneficiadores de estas materias minerales, pueda cobrar a las fundiciones que entreguen el producto standarizado, una contribución o maquila por cada tonelada en barra o lingotes, que se destinaría a servir los intereses de los vales emitidos por el Banco contra los saldos de producción no consumibles en los períodos de depresión.

Dicha contribución o maquila se aumentaría con un pequeño suplemento que permitiría al Banco atender a sus gastos de funcionamiento y también, a

la formación, de un capital de reserva para hacer frente a las variaciones de precio de los stocks adversas al buen funcionamiento del Banco.

El objetivo del Banco, no siendo el de procurar ganancias, lo obligaría en las épocas de gran demanda de materias primas minerales, a entregar los saldos necesarios para el consumo al precio de adquisición vigente o ligeramente superior para incrementar, sin producir perturbaciones, el fondo de reserva a que ya se ha hecho referencia.

El Banco deberá también tener presente al calcular sus precios de adquisición los stocks que debe mantener de cada producto, los que no deben descender de un límite que haga peligrar la estabilidad del precio fijado, ni deben exceder de un monto más allá del cual la contribución o maquila, cobrada a los fundidores para el servicio de los intereses de los vales, suba a cuotas que signifiquen una carga injustificada.

El estudiará la conveniencia de guardar los stocks en los mismos países fundidores de metales a fin de evitar acarreos inútiles. Para ello será menester el establecimiento de agencias en diversos países que además se encargarán de percibir la contribución o maquila de los fundidores.

En el momento de iniciar sus funciones el Banco Regulador de la Producción ofrecería adquirir los stocks existentes al mismo precio que pagaría en el primer período de absorción de los saldos de producción no consumibles.

ANÁLISIS DEL FUNCIONAMIENTO DEL BANCO

Analizaremos ahora cada uno de los párrafos anteriores y para facilitar el estudio seguiremos el desarrollo de las

ideas aplicándolas a la producción del cobre.

Hemos dicho que la institución necesita el apoyo de la mayoría de los Gobiernos. En realidad, se requiere un acuerdo entre los Gobiernos que entre sus actividades tienen las de fundición de metales, pues, es menester que en ellos encuentre el Banco las facilidades necesarias para la percepción de la maquila o contribución destinada a financiar los intereses de los vales. Supongamos ahora que uno de esos Gobiernos se niegue a entrar en el consorcio oponiéndose a que se establezca la contribución a sus fundidores. Sería muy sencillo allanar la dificultad por el resto de los interesados, estableciendo tarifas aduaneras especiales para ese país, el que al querer seguir negociando internacionalmente en la materia mineral de su incumbencia o en sus demás producciones, resultaría pagando mayores sumas que las que quiso evitarse.

El Capital de organización que el Banco necesita es la cantidad necesaria para establecer su Oficina principal, sus Agencias y para atender durante un período de más o menos seis meses a los gastos de sueldos, materiales, y demás de sus Oficinas. Este capital podría con el transcurso del tiempo ser reembolsado a los que lo hubieren erogado, girando contra los suplementos a las maquinillas a que hemos aludido.

El Banco adquiere únicamente productos simples y standarizados tales como los que se señalan, buscando dar el máximo de garantías a los vales, pues dichos productos reúnen requisitos de primera clase para este objeto. En efecto, son inalterables mientras permanecen en stock, tienen un consumo asegurado y creciente con el transcurso de los años en razón de ser los constitu-

yentes básicos de todas las manufacturas, y finalmente, su tipo simple y definido no ofrece peligros ante los caprichos de la moda y ante las mejoras que introduce el progreso en la elaboración de manufacturas, como sucede con los utensilios de uso corriente.

Otro requisito esencial de la buena garantía es la de que el precio de adquisición, fijando de antemano, limita el monto de la producción del artículo a lo que puede obtenerse a costos inferiores a ese precio. En consecuencia, aquellas materias minerales que se obtienen en su mayor parte como subproductos, quedarían excluidas de las operaciones del Banco.

Veamos ahora cual sería el funcionamiento del Banco en lo tocante al cobre.

Podemos establecer desde luego algunas cifras que dan una idea aproximada de las necesidades de este metal. Supongamos que el consumo mundial con las actividades desarrollándose satisfactoriamente, sea para el grado de adelanto actual, de dos millones de toneladas por año; pero que este consumo esté reducido en el hecho, debido a la depresión de las actividades del presente, a solamente un millón y medio de toneladas por año.

El costo de una tonelada de cobre varía según las características del yacimiento de donde se extrae, de las condiciones de trabajo de la región, de la magnitud de las instalaciones de explotación y beneficio y en general, de un gran número de factores ya favorables o desfavorables que hacen que dicho costo esté muy lejos de ser el mismo para los diversos centros de producción del metal. Así, es concebible que si en algunas partes puede obtenerse a un costo de £ 30. por tonelada, en otras regiones ese costo sube de £ 60 o más, existiendo al mismo tiempo numerosas regiones

que lo obtienen a costos que van de uno a otro extremo.

La humanidad está obligada a pagar un precio ligeramente superior al costo del que produce más caro para enterar la cuota del consumo, de donde resulta que a mayor consumo corresponde un precio más alto, siempre que no intervengan otros factores que rodean el caso.

Esto establecido, supongamos que para la obtención de las dos millones de toneladas de cobre, sea menester pagar en una época normal £ 50 por tonelada. Con un menor precio no se conseguiría en esa época la cantidad necesaria para el consumo, y un precio mayor, tentaría a entrar a producir a localidades que harían rebozar las necesidades del metal.

Hemos dicho además, que el Banco entraría a pagar ese precio de £ 50 sin importarle la situación de crisis, sino que por el contrario, buscando la solución de ella. Si el consumo debido a la crisis hubiera llevado el precio a £ 35, un precio aún inferior al correspondiente al consumo de uno y medio millón de toneladas, pudiera hacer creer que el precio de £ 50 haría fracasar el Banco, ya que se haría cargo de cantidades exorbitantes del metal y el mercado no respondería a la emisión de sus vales.

Pero simultáneamente con recibir las primeras partidas del cobre no consumible y emitidos los primeros vales, sale a la circulación una primera partida del oro empozado en exceso por la depresión de las actividades. El aumento del circulante contribuye a incrementar los consumos, lo que a su turno tiende a disminuir las cantidades de cobre no consumibles; pero, no sólo sale a la circulación el oro que se invierte en vales, sino que conjuntamente la actividad minera y aquellas más intimamente ligadas a ella comienzan a recibir los beneficios del

crédito, toda vez que su resurgimiento está garantido con el precio que el Banco ha fijado. Esta orientación secundaria del crédito equivale a nuevas sumas de dinero salidas a la circulación que hacen más efectivo el resurgimiento.

No está de más dar las cifras que corresponden al caso del cobre que hemos contemplado. Siendo el consumo de sólo uno y medio millón de toneladas por año, y consiguiendo estimular el Banco la producción con el precio de £ 50 a la cifra calculada de dos millones, podría producirse en el primer mes de funcionamiento, una entrada al stock de más o menos cuarenta mil toneladas. La emisión de vales en el primer mes llegaría entonces a 40.000 por £ 50 igual a dos millones de libras esterlinas. Podemos apreciar el significado de esta suma considerando que si un trabajador gana £ 10 al mes (término medio entre oficios diversos), se podría con ella proporcionar de inmediato en el primer mes trabajo para doscientos mil desocupados. Agréguese a ésto el trabajo que puede proporcionarse a otros desocupados por el efecto del crédito secundario a que hemos aludido y multiplíquese por tres o cuatro el resultado, ya que la emisión de vales se extiende a las otras materias minerales mencionadas y se tendrá una idea del enorme significado que envuelve el funcionamiento del Banco al iniciar sus operaciones en una época de gran depresión de las actividades pues, mientras mayor es esta depresión, tanto mayor es el ingreso a los stocks en los primeros momentos.

Con la salida de las primeras partidas de oro a la circulación, el aumento de los consumos hará que las entradas al stock sean inferiores en el segundo mes y la emisión de vales ya será menor. Esto no quiere decir que las actividades vuelvan atrás, puesto que el incremento

del consumo directo sostiene la situación ya creada. Por el contrario, las nuevas partidas ingresadas al stock darán un nuevo impulso a las actividades en proporción a los vales emitidos y canjeados por nuevas partidas del oro empozado.

Más adelante la emisión de vales tiende a desaparecer, a medida que el consumo se acerca a la cifra de producción calculada de dos millones de toneladas, y con el transcurso del tiempo, debido a los progresos de la ciencia en todas sus aplicaciones, ya no bastarían esos dos millones para el consumo; entonces el Banco entra a proporcionar los excedentes de su stock a precios ligeramente superior a los fijados en el último período de adquisición, en nuestro caso, podemos decir a £ 51. y evita así un alza sin justificación que podría producir serios trastornos en el desarrollo ulterior de las actividades en general.

Antes de dejar el análisis de este aspecto del funcionamiento del Banco, deseamos insistir en la acción combinada del oro salido a la circulación por medio de la emisión de vales y el crédito secundario que se ofrece a las actividades íntimamente ligadas a las de explotación y beneficio de materias minerales (fábricas de elementos de trabajo para los mineros, comercio mayorista y minorista que surte a los mismos, etc.). Y en tercer término, entra a actuar el factor confianza, nacido del resurgimiento que hace que los capitales se ofrezcan hasta con cierta precipitación, buscando no sólo los intereses, sino que también su probable acrecentamiento en razón del alza general de precios que se produce por el aumento del circulante (especulación).

En cuanto a los stocks que debe mantener el Banco, podemos hacer las con-

sideraciones siguientes: El stock es de necesidad primordial como lo es un estanque regulador para el servicio de agua potable de una población, como lo es la batería eléctrica en un automóvil, como lo es el encaje de los Bancos. Todos estos elementos constituyen un factor de seguridad para hacer frente a las variaciones de consumo, incorporando los excesos de producción en un determinado período, para entregar esos sobrantes más tarde en los períodos de mayor consumo. Para que el stock desempeñe satisfactoriamente este rol, es menester que no baje de un límite tal que su insignificancia no sea capaz de dar suministro a una demanda activa que se prolongue más allá de la calculada para una época de resurgimiento. Por otro lado, si el stock llega a cifras muy altas, se traduce esta situación en una carga onerosa por el no aprovechamiento de gran cantidad de trabajo que ha sido menester para acumular esa gran existencia.

Al asimilar el caso del Banco Internacional Regulador de la Producción al de un estanque regulador para el servicio de agua potable de una población, queremos señalar una característica que tiene mucha importancia. Para evitar derrames inútiles o perjudiciales del agua, en el caso de que el estanque reciba por su cañería de aducción mayor cantidad de agua que la necesaria para el servicio medio de la población, podemos imaginarnos que dicha cañería cuenta con la válvula necesaria para regular el suministro de agua al estanque. La Empresa de Agua Potable, para regular la aducción observa sus estadísticas de consumo y las circunstancias en que se desarrolla éste, y concluye finalmente por ajustar la válvula con alguna aproximación. Esto no quita que

de la observación misma del estanque resulte un reajuste de la válvula tomando en cuenta la mayor o menor rapidez con que se producen los cambios de nivel en el estanque.

Para el caso del Banco en estudio, la válvula de la cañería de aducción es el precio de adquisición de las barras o lingotes. Haciendo variar este precio dentro de límites relativamente pequeños es suficiente para que el consumo no encuentre obstáculos y para que el Banco no tenga que soportar la responsabilidad de un gran servicio de intereses por la gran cantidad de vales emitidos si el stock subiera a límites más allá de lo razonable.

Los factores que intervienen en la fijación de los precios del Banco los podemos clasificar en dos categorías: Los que tienden a provocar el alza del precio y los que tienden a provocar su baja. Uno de los primeros es el Progreso, ya que la ciencia incorpora cada día a las actividades nuevos elementos de producción que permiten una mayor eficiencia del trabajo, y por lo tanto, de los consumos. Otro es el agotamiento de yacimientos mineros explotados desde largos años atrás, que obliga a incorporar a la producción minerales de más altos costos.

Entre los segundos podemos citar en primer término los perfeccionamientos de los métodos de trabajo que hacen aprovechables minerales de más bajas leyes y en segundo término, la incorporación de nuevas fuentes de producción desconocidas con anterioridad.

Estos dos grupos de factores se equilibran en cierto modo como lo demuestra la experiencia cuando se observa que los precios de los metales de obtención directa no señalan ni un descenso ni un crecimiento constante en el transcurso de los años. Esta circunstancia

favorece el buen funcionamiento del Banco, porque así se facilita la regulación de los precios dentro de límites que no han de distar mucho del que corresponde al término medio de largos años.

Creemos que no hay necesidad en insistir que el alza de los precios del Banco fomenta una mayor producción desde que la experiencia lo ha demostrado en numerosas ocasiones. Lo que es más difícil apreciar es que el descenso de esos precios elimine con toda la amplitud necesaria a los productores de altos costos. Examinaremos por lo tanto este caso con mayor detención.

Podemos ahora dividir los factores que intervienen en la fijación de los precios del Banco en aquellos emanados de las actividades generales de la humanidad y en aquellos que se derivan de las características mismas de la industria minera. En otras palabras en factores exteriores e interiores con respecto a esta actividad.

La depresión general de las actividades motivada por el desajuste de éstas, al aparecer un elemento perturbador, engendra como se ha visto, desocupaciones parciales de brazos, que al no remediarse a tiempo, tienden a agravar la situación. En este caso es cuando precisamente el Banco, al sostener el precio de adquisición de los productos minerales, desempeña su verdadero papel de orientador para que los desocupados encuentren pronto una nueva ubicación. En los momentos en que ha disminuído el consumo de materias minerales, como de toda clase de artículos, el Banco al incorporar a sus stocks los saldos de metales no consumibles, emite vales cuya venta contrarresta la restricción del circulante evitando que la depresión continúe.

Queda pues como único factor exte-

rior que pueda motivar la baja del precio el apareamiento de un sustituto.

El sustituto, contra lo que se cree generalmente, no es un reemplazante de un producto en todas sus aplicaciones. El sustituto desplaza a otros productos únicamente en parte de sus aplicaciones, y tratándose de los metales básicos, lo que puede observarse es que se produce generalmente una compensación del desplazamiento que genera el sustituto con el incremento del consumo del metal substituído en sus demás aplicaciones.

Pero, si queremos considerar no obstante una influencia apreciable del sustituto, podemos analizar el caso, asimilándolo a las bajas de los precios del Banco motivadas por los factores interiores de la actividad minera como ser mejoras en los métodos de explotación y beneficio o la incorporación de nuevos yacimientos explotables a bajos costos.

Si la influencia de esos factores es preponderante, el Banco se ve obligado a bajar sus precios para evitar la sobreproducción; pero, como hay quienes piensan que ésto no es suficiente para que se retiren los productores de más altos costos puesto que podrían seguir en la lucha, como ha sucedido en la crisis actual, aun a costa de grandes sacrificios, nos detendremos un momento a estudiar esta situación.

Desde luego, ponemos muy en duda la existencia de productores que perduren en el trabajo con pérdidas permanentes y para explicarnos mejor, analizaremos lo que pasa.

Supongamos que una Empresa se encontraba en una época normal en plena producción, explotando y beneficiando minerales para obtener cobre en barras a un costo de £ 40 y el precio que pagaba el mercado era de £ 50. Realizaba ganancias apreciables que permitían for-

mar un Fondo de Reserva para futuras eventualidades.

Se produce la crisis y baja el precio del cobre primeramente a £ 40. Ya se piensa que esa Empresa no percibe utilidades, pero no es así, pues la crisis misma, con el descenso general de precios le permite bajar sus costos a £ 35, por ejemplo. (Rebaja de jornales y sueldos y menor precio de los elementos que necesita para la producción). Es claro que el reajuste de sus costos, que tarda en producirse, significa una primera pérdida limitada de sus reservas.

La crisis sigue, y naturalmente también el descenso general de los precios, y llegamos a que en un momento dado el costo y el precio de venta son iguales, digamos £ 30. La Empresa ha perdido entre tanto gran parte de su Fondo de Reserva, a medida que se han ido produciendo descensos parciales en el precio del mercado.

Nivelado el costo con el precio de venta, y no teniendo la Empresa de qué echar mano para afrontar un nuevo descenso de este precio, sólo podría continuar sus labores hasta que se le agote el saldo que le ha quedado de su antigua reserva de fondos.

Se ve de lo expuesto que si aparentemente muchas Empresas han seguido trabajando, no obstante haber declarado antes costo más altos que los actuales precios de venta, al presente esos costos han sido reducido considerablemente por el descenso general de precios que la crisis ha engendrado. No todos los productores han podido afrontar la situación en esta forma y han tenido que paralizar sus faenas, pero no ha sido el número suficiente para equiparar la producción con el consumo actual, y de allí que subsista la situación de sobreproducción.

Pero el caso que nos ocupa está ro-

deado de circunstancias completamente diversas. Un ejemplo nos ayudará a esclarecerlo.

Tomemos una Empresa cuyo costo de explotación y beneficio sea de £ 45 en circunstancias que el precio fijado por el Banco sea de £ 50 por tonelada de cobre. Debido a la incorporación de nuevos yacimientos que pueden producir el cobre a £ 30, es menester que el Banco, dada la importancia de esos yacimientos, se vea obligado a bajar el precio paulatinamente hasta llegar a £ 40.

La Empresa cuyo costo era de £ 45 no puede recurrir en este caso a las medidas que en tiempo de crisis le habrían permitido rebajar sus costos, ya que si las actividades en general no se han deprimido, no se produce tampoco el descenso general de los precios. Se trata pues de una crisis exclusivamente en la Empresa en cuestión, y por lo tanto no puede recurrir a la rebaja de sueldos y jornales y a las economías en los gastos de materiales a que aludíamos en el párrafo anterior. Si trata de rebajar los jornales encontrará serias resistencias pues los operarios están en situación de hallar cabida en otras actividades.

Hay más aún, la existencia del Banco ahuyenta toda posibilidad de grandes precios en el futuro en razón de sus funciones reguladoras. Esto hace que las Empresas de costos altos pierdan la esperanza de que más adelante puedan resarcirse holgadamente de sus pérdidas. Y por fin, los capitales que ayudan a estas Empresas no perdurarían en sostenerlas en presencia de otros negocios de mayor atracción.

Se ha establecido que el Banco financiaría los intereses de los vales emitidos con una maquila o contribución que se cobraría a las fundiciones de los metales. De aquí que hubiera necesidad del amparo de los Gobiernos para otorgar po-

der al Banco a fin de percibir dicha maquila.

Para apreciar mejor el alcance de esta contribución, seguiremos desarrollando la materia con el ejemplo que nos hemos puesto para el cobre.

Los stocks corrientes de los diversos metales han variado en épocas anteriores entre un 10 y un 25% de la producción de un año. Supondremos que el Banco tenga que servir los intereses de un stock, en el caso del cobre, de 500 mil toneladas, siendo la producción mundial de 2 millones de toneladas 25%. Supongamos además que el tipo de interés de los vales sea 5% anual. Entonces, para el pago de intereses sobre 500.000 toneladas, que avaluaremos a £ 50 cada una (precio para la obtención de 2 millones de toneladas), se necesitan:

$$500\,000 \times 50 \times 0.05 = \text{£ } 1\,250\,000$$

Dividiendo el resultado anterior por la producción de 2 millones de toneladas, la maquila para intereses resultaría de £ 0.625, cantidad insignificante en relación con el precio del metal. Extendiendo este cálculo para todos los demás metales, vemos que esa maquila equivale al 1.25% del precio correspondiente, siempre que el stock ascienda al 25% de la producción anual y los intereses consultados sean de 5%.

También se desprende de este cálculo que el recargo que se ha previsto a la maquila de intereses para ir formando el Fondo de Reserva del Banco, tampoco puede ser de gran consideración.

Finalmente, cualquiera que fuera la suma que hubiere que cobrar para atender a la formación de ese Fondo de Reserva, ella sería pagada, lo mismo que la maquila, por toda la humanidad. En efecto, si representara una suma demasiado subida para los productores de

costos altos, el Banco estaría obligado a elevar los precios de adquisición a fin de no desplazar a esos productores, desde que su concurso es necesario para enterar la cuota del consumo general.

Esta maquila representa pues la prima de seguro que la humanidad paga para precaverse de las fluctuaciones en la actividad que se manifiestan por la sucesión de períodos de inflación alternados con los de deflación; y estos últimos con su cortejo de desocupación, de miseria y de retraso del progreso.

Nos queda finalmente por establecer cual sería el precio que el Banco ofrecería para adquirir los stocks existentes en la actualidad. El Banco tendría como límite superior de ese precio el equivalente al cálculo para la producción de las cantidades necesarias del consumo general, y tendría que ofrecer éste, o uno ligeramente inferior, pues de otro modo los tenedores actuales de los stocks no los entregarían a la espera de mejores precios.

Como en los primeros meses del funcionamiento del Banco los stocks subirían a cifras muy altas, debido a la magnitud de las existencias actuales, sería necesario cobrar una maquila para los intereses un poco superior a la resultante para stocks del 25% de la producción de un año; pero esto no es un obstáculo, desde que la diferencia entre el precio que el Banco pagaría y el precio a que han llegado actualmente los metales, da margen holgadísimo para que los fundidores no tengan dificultades por este motivo.

En nuestro concepto es un error creer que los actuales tenedores de los stocks no responderían a la oferta de adquisición esperanzados con alguna especulación ulterior. La situación para ellos no sería clara en cuanto a apreciar qué iba a ser del futuro de los precios, puesto que

como ya lo hemos visto, en la fijación de éstos entran factores que se contraponen como la demanda creciente del progreso y el agotamiento de las minas por un lado, y el perfeccionamiento en los métodos de trabajo y la incorporación de nuevos yacimientos ricos, por el otro. Nadie es capaz de apreciar de antemano cual de esos grupos va a prevalecer en el futuro.

Ante la solidez del Banco no creemos que haya especuladores que se tienten a exponer sus haberes buscando beneficios sobre la base de perturbar las apreciaciones que el Banco haga para fijar los precios de adquisición; y si a pesar de todo, esta situación se produjera, ella no podría pasar inadvertida, dada las grandes cantidades de dinero que entrarían en juego. En tal caso no sería difícil por medio de los Gobiernos una acción penal contra tales elementos, que en nada benefician a la humanidad en esas actividades, sino que por el contrario, constituyen un peligro para el progreso y para el mayor bienestar que se anhela.

Pueden pensar algunos que el capital empozado en las épocas de crisis no respondiera de inmediato a la emisión de los vales, o bien, que se ofreciera a adquirirlos con un castigo tan fuerte que desvirtuara el objetivo del Banco. Sobre esto pueden hacerse las siguientes observaciones:

Entre los capitalistas los hay atrevidos y timoratos. Nada podemos esperar de estos últimos, pero sí mucho de los primeros, quienes al estudiar el funcionamiento del Banco y apreciar que sus vales van a quedar garantidos por productos que en ningún caso van a desvalorizarse en absoluto, al apreciar que por lo mismo que su dinero sale a la circulación resulta una mayor seguridad en el precio de la garantía, y ten-

tados además por un interés muy superior al que pueden percibir en la actualidad por la falta de perspectivas halagadoras de inversión, procederían a ensayar la inversión, si no del total de sus haberes, por lo menos de parte de ellos. Y en ésto, podemos decir, todo está en comenzar.

El establecimiento del Banco Internacional Regulador de la Producción no significa sacrificio de ninguna especie para ningún grupo determinado de las actividades. Sólo implica una contribución por parejo a toda la humanidad para financiar los intereses de los stocks, suma muy insignificante en proporción a las enormes ventajas que reporta mantener stocks cuyo manejo está entregado a una institución que no tiene por objeto negociar con ellos.

Además, no implica un sacrificio de dinero desde que así como el Banco adquiriría los productos de quien quisiera entregárselos, así también nadie se verá obligado a invertir sus haberes en vales, sino que presentaría a los tenedores de oro una oportunidad para procurarles una renta más segura que la que pueden ofrecer la gran mayoría de los negocios.

Hay quienes dan demasiada importancia al hecho de que la institución puede desmoronarse por perturbaciones de orden político, como sería el caso de un conflicto armado. Si el Banco tuviera que suspender sus funciones por un motivo semejante, ello no sería un desastre mayor que el que sufre la generalidad de los negocios, que sin embargo, se establecen y funcionan en la actualidad a pesar de un peligro como el señalado. Los stocks de metales pueden diseminarse entre las diversas naciones, de manera que en caso de requisiciones por un conflicto armado, esto no afectaría sino a sólo parcialidades. Lo mismo sucedería con el oro en circulación corres-

pondiente a los vales, que estaría también en manos de particulares de todas las naciones.

No está demás señalar que una institución de estas especies, que tiene por objeto regular la producción para el poder consumidor de la humanidad, es de por sí un elemento que contribuye a alejar el peligro de los conflictos armados, ya que la opinión dominante es la de que tales conflictos tienen su origen en la perturbación del intercambio comercial entre los pueblos.

Puede decirse que una Institución de esta especie no puede llegar a ser una realidad, cuando se establecen comparaciones con otros proyectos que han tratado de llevarse a la práctica y que no han surgido. Y se agrega que las tentativas de desarme, de liberación aduanera y otras por el estilo, fracasan porque los hombres son muy egoístas y desconfiados, condiciones que no les permiten realizar algo que signifique cooperación internacional. En nuestro concepto, los fracasos en estas tentativas no se deben tanto al egoísmo y desconfianza sino casi exclusivamente a los intereses que se sienten lesionados con el desarme y la liberación aduanera, enormes intereses creados al calor de la situación establecida y con el agravante de que cualesquiera de esas medidas produce de inmediato, aparte de la desvalorización de los capitales invertidos, una desocupación de brazos, sin que hasta ahora se haya encontrado la fórmula para que esos brazos puedan distribuirse en el resto de la actividades, con la rapidez que es necesaria.

Se ve pues que no es procedente establecer comparaciones como las que acabamos de indicar pues el establecimiento del Banco Internacional Regulador de la Producción, lejos de producir una desvalorización de capitales y una deso-

cupación, provoca de inmediato el fenómeno contrario, desde que los capitales se valorizan con el alza de los precios, y el aumento del circulante da también de inmediato trabajo a gran número de desocupados.

APÉNDICE

Analizaremos brevemente algunas de las ideas más en boga y algunas de las medidas que se aplican en la actualidad para hacer frente a la situación creada con la crisis porque atravesamos, con el objeto de hacer ver con mayor fuerza la conveniencia de crear la Institución que hemos sugerido.

Entre las medidas llevadas a la práctica para afrontar las perturbaciones de la actual crisis económica, mencionaremos la «restricción de la producción».

Los dirigentes de la producción minera y agrícola forman asociaciones para tomar acuerdos ante la difícil situación que se les ha creado con el descenso de los precios de sus productos. Hasta ahora el único acuerdo que prevalece es el de reducir la producción, comprometiéndose los asociados a respetar las cuotas que se le asignan, las que han sido calculadas en tal forma que la producción total no exceda del consumo actual.

Es muy explicable, aunque discutible, que esta medida sea tomada independientemente por cada una de las asociaciones. En medio del desbarajuste general cada uno toma la posición que de inmediato puede serle favorable.

Pero, si consideramos en conjunto los programas de reducción, notaremos que lejos de ser un antídoto para la crisis, contribuyen a hacerla más grave. En efecto, una rama de la actividad que reduce su producción, tiene que hacerlo disminuyendo los jornales y consumiendo menos materiales (combustibles, herra-

mientas, repuestos, etc.) Este menor consumo repercute en las demás ramas de la actividad, las que a su turno se ven obligadas también a disminuir sus consumos con nuevos efectos reflejos sobre la primera.

En otras palabras, la restricción genera una desocupación parcial de inmediato; y como el resto de las actividades también se ven obligadas a adoptar la misma medida, los desocupados no encuentran ubicación, y de esta suerte la situación va empeorándose más y más.

La política de restricción no puede considerarse pues como un remedio a la crisis, sino como la resultante obligada de la falta de cooperación entre los hombres para abordar el problema en conjunto, ya sosteniendo actividades cuya producción puede almacenarse para mayores consumos ulteriores, u orientando el crédito en tal forma que evite que el oro en circulación pase al estado de reposo, lo que al fin y al cabo viene a ser la misma cosa.

Por otra parte, se culpa a los grandes gastos de armamentos como causantes de la crisis, y se aboga por una reducción efectiva de dichos gastos. En esto se produce un lamentable error cuando se cree que una actividad que no contribuye al mejoramiento del standard medio de vida es culpable de desocupaciones. Muy conveniente sería que pudieran reducirse estos gastos a límites prudentes, siempre que simultáneamente se distribuyeran los desocupados por esta reducción armónicamente en el resto de las actividades. Procediendo sólo a lo primero no se consigue sino agravar la situación.

Lo mismo puede decirse de la abolición de las tarifas aduaneras, que si bien es cierto, que el libre cambio comercial redundaría en una mayor eficiencia de la producción mundial, no lo es menos,

que cambios radicales en estos momentos serían perjudiciales por la perturbación de las actividades que se desarrollan al calor de los derechos aduaneros establecidos.

Finalmente, señalaremos otras de las tentativas que se hacen para aliviar la angustiosa situación creada con la crisis, y que consiste en la organización de Bancos con carácter internacional para conceder créditos a los productores, especialmente agrícolas, a fin de facilitarles el desarrollo de sus actividades. Estos Bancos no difieren esencialmente de las instituciones corrientes de su especie, de manera que, a nuestro juicio bien poco pueden hacer para la solución de la crisis, máxime si no se manejan con el tino suficiente para evitar la sobreproducción en la actividad que auxilian.

Los progresos realizados en los últimos años en los dominios de la ciencia han puesto a disposición del hombre un sinnúmero de elementos que hacen más eficiente la producción, y han modificado al mismo tiempo los conceptos de bienestar y moral. El desarrollo asombroso de los medios de comunicación ha cambiado las costumbres casi sin distinción de localidades y ha creado necesidades que hasta hace pocos años no figuraban entre los anhelos del hombre.

La rapidez con que esos cambios se han operado no ha permitido que las diversas actividades se reajusten a las nuevas necesidades sin producir la gran desorientación que hoy reina en todas partes. Y si a esto se agrega que la interdependencia comercial entre los pueblos impide que el reajuste pueda llevarse a cabo aisladamente en región determinada, nos explicaremos el por qué de la perduración del estado de crisis, cuando no se busca su solución en arreglos de carácter internacional.

Para que un país pueda resolver su

situación independientemente es menester que se aísle del resto de la humanidad con barreras aduaneras que hagan imposible la invasión de productos que desplacen actividades en el interior. Tal medida podría adoptarse sólo por aquellos países que cuentan con todos los recursos que el hombre necesita para su subsistencia. Y aún suponiendo que existieran tales países, su aislamiento implicaría un retroceso considerable de su standard medio de vida, ya que no todo lo que produciría puedo hacerlo con el rendimiento del trabajo que es posible en otras regiones que cuentan con condiciones especiales para determinada producción.

Imaginemos que en nuestro país se consideraran fracasadas las tentativas que hace el mundo para volver a la normalidad y que perdiéramos las esperanzas de que nuestro salitre y cobre, que tienen un consumo insignificante en el interior, pudieran venderse en el extranjero en la proporción necesaria para surtirmos de mercaderías que nosotros no producimos, debido a nuestra escasa población o porque no nos encontramos en situación de elaborarlas ventajosamente por las condiciones especiales de nuestro suelo.

Si encerrándonos con murallas aduaneras impenetrables, queda abolida la importación de maquinarias, para cuya fabricación no tenemos elementos, nos veríamos obligados a labrar nuestros campos en forma primitiva, acarrearíamos y distribuiríamos nuestros productos con suma lentitud y finalmente, no

dispondríamos de infinitas comodidades y gustos a que ya nos hemos acostumbrado, lo que haría hasta cierto punto insoportable la vida.

Los métodos primitivos de trabajo obligan a ocupar en las faenas un gran número de brazos, y es por esto que el rendimiento de la producción general resulta muy pequeño. Al distribuirse ésta entre toda la población, a cada habitante toca una menor cantidad resultando así el aminoramiento considerable del standard de vida a que hemos hecho alusión.

Ante una perspectiva tan poco halagadora, bien pueden estudiarse soluciones que no impliquen un renunciamento a nuestros anhelos de bienestar. No porque vivimos en una región apartada de los centros más civilizados, debemos desechar ideas que contribuyen a solucionar el impase en que se encuentra el mundo. Para eso, los medios de comunicación tan desarrollados al presente y el prestigio que nuestro país ha ido gradualmente conquistando en el exterior, nos colocan en situación de contribuir desde lejos al estudio de soluciones de carácter internacional como la sujeta en este trabajo, u otras que personas más preparadas, más capaces y de mayor prestigio estén en situación de proponer a los centros que en Europa y Estados Unidos se preocupan hoy día afanosamente en el estudio de los graves problemas económicos de la humanidad.

Santiago, Julio de 1931.